

emplearon por los ejércitos ingleses en dominar violentamente ó en reconquistar la «isla hermana». La emigración, que tres siglos después había de tomar una importancia demográfica tan considerable, había comenzado ya, no en la masa popular, es cierto, sino en las familias nobles: muchos jóvenes salían de Irlanda para alistarse en los ejércitos de Francia ó de España, sin temor, ó más bien con la esperanza de haber de combatir á los Ingleses. Hasta ocurrió muchas veces que algunos emigrados, seguidos de tropas españolas, desembarcaron en las costas meridionales de Irlanda para sostener allí una guerra de guerrillas contra los invasores británicos, no viéndose libre la isla de esas partidas rebeldes hasta el año 1602. Pero reducidos á sufrir la paz, no dejaron los Irlandeses de ser los enemigos de Inglaterra, doblemente enemigos por ser doblemente oprimidos, como irlandeses y como católicos.

El movimiento de la Reforma acabó por cambiar á fondo el mismo catolicismo: al mismo tiempo que perseguían á los hugonotes, los papistas ardientes se convertían en protestantes sin saberlo. Antes del cisma, el catolicismo, fundido con el Renacimiento clásico, se manifestaba admirablemente bajo un doble carácter de «cristianismo paganizado». Religión á la vez mística y sensual, podía satisfacer las dos tendencias primordiales y contradictorias de la humanidad, que consisten en vivir á la vez en el finito y en el infinito. Cuando Lutero y Calvino, continuadores directos del áspero San Pablo, predicaron la vuelta á la sencillez del Evangelio, el catolicismo, obligado por las necesidades de la lucha á desembarazarse de los elementos paganos y de la parte artística de su vida, llegó á ser á su vez una especie de «protestantismo jerarquizado» que había perdido su razón de ser y se unía al pasado más por la tradición que por el genio<sup>1</sup>. De las dos tendencias siempre en lucha en el seno de la religión católica, la del Evangelio puro, despojado de todas las supervivencias de los antiguos cultos, obtuvo, al menos oficialmente, un triunfo definitivo. El catolicismo se depuró desde el punto de vista teológico, pero, desplazando su centro de gravedad, se alejó de la vida

<sup>1</sup> Remy de Gourmont, *Revue Blanche*, 1.º Abril 1898, p. 488.

ambiente, y el pueblo no encontró ya en él, como en el dogma de los protestantes, más que el inconsistente consuelo de las promesas de la vida eterna, sin atenuación material de sus miserias presentes. El católico se hizo razonador y polemista para ponerse en situación de discutir con los sabios, ateos ó cismáticos; fundó nuevas órdenes que respondieron á esta nueva evolución, y experimentó en aquella época alguna vergüenza en patrocinar las órdenes menores, como los capuchinos, que, no obstante, habían contribuido más que todos los eruditos y dialécticos á la consolidación de la Iglesia católica romana. Habiendo permanecido hijos del pueblo, amigos de los pobres y pobres ellos mismos, siendo compañeros alegres y bromistas á pesar de su sombría vestidura y de sus groseras y brutales maceraciones, eran amados y hacían amar la Iglesia. Reían sin escrúpulo con los jugadores y los bebedores, golpeaban amistosamente el vientre al compadre y charlaban ruidosamente con la comadre, interviniendo en todos los asuntos de familia y de vecindad, nacimientos, matrimonios, defunciones, riñas y reconciliaciones. A ellos, como al juez de paz y al director público de las conciencias, se dirigían las gentes en todas las pequeñas dificultades de la vida. Si un filósofo hereje ó un orador ampuloso se presentaba dispuesto á «socavar las bases de la fe», el capuchino no sabía responderle, pero la multitud no le reprochaba su ignorancia, tan profunda como la suya; reía con él, y no se quebrantaba lo más mínimo su cándida fe. Sin ostentación de ciencia ni de mérito el capuchino descalzo y de barba larga ha hecho quizá más por la duración del catolicismo que los jesuítas y otras órdenes religiosas de aspecto majestuoso<sup>1</sup>.

Como es natural, la Iglesia, en su organización de casta propietaria, trató mucho menos de defenderse por razonamientos que de responder á las reivindicaciones por la poderosísima razón de la horca, del hierro y del fuego. El sabio organismo de la Inquisición funcionaba con todo el fervor de la locura que inspira la alucinación divina: el sagrado tribunal no vaciló en hacer encarcelar, torturar y quemar, más cuidadosos quizá de ver al fuego devorar los libros que los escritores mismos. Julianillo, por haber introducido en Es-

<sup>1</sup> Martin Philippon, *Les Origines du Catholicisme moderne*, ps. 21, 22.

paña ejemplares de la Biblia en lengua vulgar, estuvo preso tres años y fué atormentado y amordazado veinte veces antes de ser quemado en 1557. Según las opiniones de los historiadores y los documentos sobre que han creído que debían apoyarse, se cuenta de diverso modo el número de las víctimas condenadas al último suplicio por la Inquisición en España, sin contar las colonias. Como quiera que sea, los resultados obtenidos en la península, en Languedoc y en Bélgica por la Iglesia vengadora prueban ampliamente que la violencia empleada con método y perseverancia puede anonadar las ideas, y que éstas, cualquiera que sea su excelencia, no triunfan por su sola superioridad, sino que han de ser servidas por voluntades tenaces y durante generaciones sucesivas <sup>1</sup>.

La Iglesia, no sólo tenía á su servicio los calabozos y las hogueras, pudo disponer también frecuentemente de grandes asesinos. Las guerras llamadas de «religión», aunque las convicciones íntimas entrasen solamente por una mínima parte, ayudaron en muchas comarcas, en Francia particularmente, al triunfo del catolicismo. Los hombres de guerra se inclinaban con indiferencia á uno ú otro partido, según las probabilidades de éxito. «Un día, dice Gotz von Berlichingen, íbamos á comenzar el combate; un pastor se hallaba cerca de nosotros guardando su ganado, y, como para darnos la señal, cinco lobos se lanzaron al mismo tiempo sobre el rebaño. Yo les deseé el triunfo, y á nosotros también, diciéndoles: «¡Buena suerte, queridos compañeros; que la fortuna os favorezca en todo lugar!» Entre las ilustres víctimas de la intolerancia, han de contarse también los sabios perseguidos por odios literarios, por las envidias de los impotentes, por bajos rencores. Uno de los más grandes entre los hombres, Kepler, fué frecuentemente perseguido; su madre fué procesada como bruja, él murió de hambre. Esteban Dolet, joven aún, fué quemado porque era impresor y no observaba la ortodoxia clásica hablando de Aristóteles. Por semejante irreverencia respecto del gran hombre, primeramente infamado y después adoptado por la Iglesia, Campanella, habiéndose permitido declarar que toda novedad no es peligrosa para el dogma, pasó veintisiete

<sup>1</sup> Louis Braud, *Trois Siècles de l'Histoire du Languedoc*.

años en los calabozos. Giordano Bruno, que, entre otras herejías, oponía al mundo finito de Aristóteles el mundo infinito en eterna evolución, fué quemado vivo. Velázquez no pintó el desnudo, sino en una Dánae un año antes de su muerte, porque la Inquisición lo prohibía <sup>1</sup>. Sin embargo, algunos escapaban, como El Tasso, Montaigne y «su otro yo», La Boetie, muerto antes que su obra, la sen-



ESCENA DE LA SAN BARTOLOMÉ

cilla y grandiosa *Contra uno*, fuese conocida. Algunos usaban ciertos recursos de habilidad y de astucia, y otros recurrían á procedimientos indignos cuya exposición causa profunda pena: se vió á un Enrique Estienne, que para librarse de la hoguera denunciaba, desde el fondo de su retiro, á sus propios amigos que no pensaban como él <sup>2</sup>.

La «Compañía de Jesús» nació enfrente del protestantismo, y se dió por misión, no sólo defender la Iglesia y exterminar sus enemigos, sino también conquistar el mundo para ella. Una obra de tal importancia había de tener por iniciador un hombre de sinceridad

<sup>1</sup> Anatole France, *Le Jardin d'Epicure*.

<sup>2</sup> Theo. van Rysselberghe.

perfecta y de inquebrantable voluntad. Ese hombre valiente, un vasco, Iñigo López de Recalde, conocido en la historia bajo el nombre de Ignacio de Loyola, tomado del palacio donde nació en 1491, fué contemporáneo de los reformadores, y como tal sintió los ímpetus de la cólera. Habiendo sido herido gravemente en la defensa de Pamplona, consagró sus armas á la Virgen María y juró hacerse para lo sucesivo el campeón, no de un rey, sino el caballero de la Reina de los cielos. Después distribuyó sus bienes y comenzó el combate espiritual en Palestina, en Roma y en París, donde encontró á Láinez y otros con quienes discutió los principios de la orden que quería fundar. Hacía ya algunos años que los jesuítas habían preparado su obra, cuando fué definitivamente instituida en 1540, y Loyola, general de la Sociedad, fué también su más humilde servidor, dedicándose á la educación de los niños y á la colecta de las limosnas.

A los tres votos de los otros frailes, pobreza, castidad y obediencia, los discípulos de Loyola añadían un cuarto, el de «consagrar su vida al servicio constante del Cristo y de los soberanos pontífices, de servir como guerreros bajo la bandera de la cruz, de no obedecer más que al Señor y á su representante en la tierra y de cumplir sin vacilación ni recriminación todo lo que los papas les ordenaren por la salvación de las almas y por la propagación de la fe, cualquiera que fuese la comarca donde fueren enviados». Los papas, que veían entonces naciones enteras abandonar la fe católica, acogieron con entusiasmo la nueva tropa que se les entregaba en cuerpo y alma, y le aseguraron todos los privilegios que les era posible conceder, aun aquellos que sólo dependían de los soberanos temporales. Los jesuítas tuvieron desde su origen á la vez los derechos del religioso y los del sacerdote: quedaban declarados independientes del obispo y del fisco; aparte del papa y del general de su orden, no reconocían ningún superior, recibían el poder de ligar y desligar, de perdonar los pecados, de modificar la forma de los votos de abstinencia, de colocarse sobre las obligaciones impuestas á todos los otros religiosos ó sacerdotes y de adornarse con títulos académicos no obtenidos por la vía regular: en una palabra, podían cambiar el mal en bien, la mentira en verdad, y recíprocamente.

Considerada en su conjunto y de una manera general, la orden de los jesuítas, que se reclutó siempre con extremada circunspección, comprendió que el verdadero método de defensa consistía en atacar. En las comarcas donde la fe católica no había sido quebrantada, como en España y en algunas otras partes de la Europa occidental, esta política de agresión era fácil, ya que bastaba conservar los tribunales inquisitoriales y alimentar sus cárceles y sus hogueras



IGLESIA DE LOYOLA EN EL PAÍS VASCO

Cl. J. Kuhn, edit.

con todos los hombres sospechosos ó convictos de herejía; pero en países disputados enérgicamente por el protestantismo, ó, lo que es más grave, por las reivindicaciones sociales, había de obrarse con prudentes rodeos. Ante todo, importaba á los jesuítas la conquista del poder, no directamente y por medio de una lucha franca, como lo ambicionan actualmente los socialistas de Estado, sino indirectamente, por un concurso de influencias y de voluntades convergentes todas hacia el mismo fin y acabando por dominar á los soberanos más orgullosos de su poder y por imponer la misteriosa dominación del Gesù. Y para dominar en los palacios, en ese mundo de lujo, de caprichos, de mentiras y de intrigas, no había que temer el empleo sin vacilación ni remordimientos de medios análogos á los que se habían de combatir, y sobre todo era preciso disponer de un ejér-

cito secreto cuyos miembros, adictos hasta la muerte, estuviesen conjurados siempre bajo la voluntad del amo.

La Sociedad de Jesús era en su conjunto una escuela maravillosamente organizada para adiestrar todos los miembros en la parte de colaboración que se les pedía. Los candidatos no eran en seguida admitidos: primeramente habían de pasar por un período de prueba y de continuos exámenes morales antes de ser admitidos al noviciado, y dos años después entraban en la Sociedad, pero sin conocer todavía su funcionamiento: se hacían coadjutores, los unos en el orden espiritual para suministrar á la comunidad futuros profesores, dictadores ó confesores, según sus aptitudes presumidas y sobre todo según el juicio de los superiores; los otros en el orden secular, como sirvientes, cocineros, peones, intendentes, á veces hasta sin la autorización de aprender á leer ni escribir. Por lo demás, unos y otros habían sido igualmente sometidos á la obediencia perfecta, «como el bastón en la mano del amo», «como la osamenta bajo el pie del caminante», y esta obediencia no se les exigía solamente en las cosas de apariencia legítima ó natural, sino también en los casos que parecen contrarios al sentimiento, á la justicia y á la moral: lo que el superior manda, es decir, el papa, es decir, Dios, eso es lo normal, lo justo y lo bueno. Hasta sus movimientos estaban sujetos á reglas: la cabeza del jesuíta debe inclinarse ligeramente en la actitud que conviene á la humildad, y los ojos no deben mirar los ojos del interlocutor.

Admírase que una orden religiosa compuesta de un corto número de asociados — porque á la muerte de Loyola en 1556 apenas contaba la Compañía un millar de miembros — haya podido adquirir tan grande y duradera influencia sobre el gobierno del mundo; ello es debido á que ninguna sociedad presenta tanta cohesión á la vez que tanta diversidad en su textura tan perfectamente sólida y de tan maravillosa adaptación. Para todas las coyunturas, fáciles ó difíciles, tenía los hombres que necesitaba: abajo sicarios dispuestos á toda obediencia peligrosa, arriba hombres de Estado que formulaban tratados, preparaban matrimonios de príncipes, decidían de la paz ó de la guerra, y entre el general y el último de los coadjutores iletrados había toda la serie de instrumentos humanos, dispuestos á

servirse, según las circunstancias de las pasiones, de las voluntades ó de los vicios de sus contemporáneos.

Desde la constitución de su sociedad comprendieron los jesuitas el papel que ha quedado siendo el suyo, el de encarnar la educación clerical. En 1542 fundaron el colegio de Zaragoza, que no tardó en tener hasta veinticinco sucursales. Todos los países católicos reciben asimismo sus establecimientos de educación jesuítica desde mediados del siglo XVI. La Universidad de Ingolstadt, en Baviera, llegó á ser su centro de propaganda, después se apoderaron de la Universidad de Praga con sus enormes rentas y todos sus privilegios; obtuvieron del emperador una orden instituyendo el rector de su colegio, director perpetuo de toda la Universidad, «abrogando y anulando el derecho que otras personas pudieran pretender». La misma ordenanza sometía á la jurisdicción de los jesuitas «todos los colegios y escuelas del reino, tanto los establecidos como los que se establecieran en lo porvenir».

La enseñanza, cuyo monopolio trataban de conquistar y que, en efecto, lograban asegurarse en algunas comarcas, no podía diferir gran cosa de la que dieron los frailes en los siglos anteriores: los padres se distinguían solamente por el arte con que sabían adular las pasiones de sus alumnos, por su habilidad en conciliarse con ayuda de sus proyectos futuros el concurso de los poderosos, de los ricos y de los ambiciosos inteligentes, manteniéndoles respecto del dogma en una fe completamente irracional y, por lo tanto, inquebrantable: el estudio del latín, la memoria de los períodos retumbantes y de las palabras sonoras debían reemplazar á las investigaciones personales. Por una singular coincidencia, que prueba bien que en el fondo los competidores para la conquista del poder, los protestantes y los jesuitas, habían de recurrir á los mismos medios y no diferían entre sí tanto como lo hacía suponer el odio que mutuamente se profesaban, unos y otros procedían de la misma manera y seguían los mismos métodos de instrucción; los jesuitas con más gracia, gusto y habilidad, los protestantes con mayor seriedad y rigidez. Pero Aristóteles y los padres de la Iglesia eran también los genios inspiradores de uno y de otro culto. Habiéndose hecho protestantes por espíritu de conservación, por odio á la evolución que se había

realizado en el mundo religioso, Lutero y los otros supuestos «reformadores» de su tiempo eran también conservadores de las concepciones antiguas en el mundo de las ideas. Su objeto esencial era reaccionar, volver atrás, á la época en que los «Libros santos» no habían sido todavía interpretados por la evolución de la Iglesia contemporánea. Pero en cuanto á las cosas de la ciencia profana, los protestantes se atenían á la estricta observancia de las doctrinas adoptadas por la Sorbona: Aristóteles era sagrado para ellos, aunque en un grado menor que la Biblia; toda ciencia se suponía hallarse contenida en las obras profanas de la antigüedad, y en cuanto se había fijado rigurosamente el texto, no había más que inclinarse. Por lo mismo las ideas de Copérnico fueron muy mal acogidas en el mundo protestante, cuyas convicciones fijas sobre la autoridad divina absoluta se hallaban bien acomodadas al sistema geocéntrico del universo. Lutero se burla de Copérnico, y Melanchton le combate con rudeza<sup>1</sup>. Theodoro de Beze, el amigo y continuador fanático de Calvino, escribía á Ramus: «Los Ginebrinos han decretado una vez y para siempre que, ni en lógica ni en ninguna otra rama del saber, no se apartarían de los sentimientos de Aristóteles». Así también los estatutos de la Universidad de Oxford disponían que «todo bachiller y maestro de artes que no siguiera exactamente á Aristóteles pagaría una multa de 5 shillings por punto de divergencia»; y ese mismo reglamento hizo expulsar á Giordano Bruno de la Universidad inglesa donde se había retirado.

Cada uno por su parte, el protestantismo y el jesuitismo ejercieron la más nefasta influencia sobre la vida universitaria: mientras que las primeras universidades se habían constituido sobre el modelo de las ciudades libres, en comunidades autónomas, viviendo de su propia vida, sin ingerencia del Estado, y dejando á los estudiantes la iniciativa de las investigaciones independientes, luteranos, calvinistas y jesuitas, igualmente empeñados en la conquista del poder, únicamente se dirigían á transformar las escuelas en establecimientos de la Iglesia y del Estado, suministrándoles, bajo la vigilancia de una policía temible, el personal necesario de propagandistas y de servidores.

<sup>1</sup> S. Gunther, *Der Humanismus in seinem Einfluss auf die Entwicklung der Erdkunde*, «Geographen-Kongress zu Berlin», 1899.

Un escritor católico lo ha demostrado con superabundancia de textos y de documentos<sup>1</sup>; Alemania estaba en plena vía de prosperidad intelectual durante el siglo que precedió á la Reforma, y ese último movimiento con la ayuda de su hermana enemiga, la orden de Jesús, tuvo por resultado pronto y decisivo contener todos los progresos. La reacción se produjo con análogo conjunto en los dos



Cl. J. Kuhn, edit.

COLEGIO DE LOS JESUITAS EN MELK, CERCA DE INGOISTADT, SOBRE EL DANUBIO

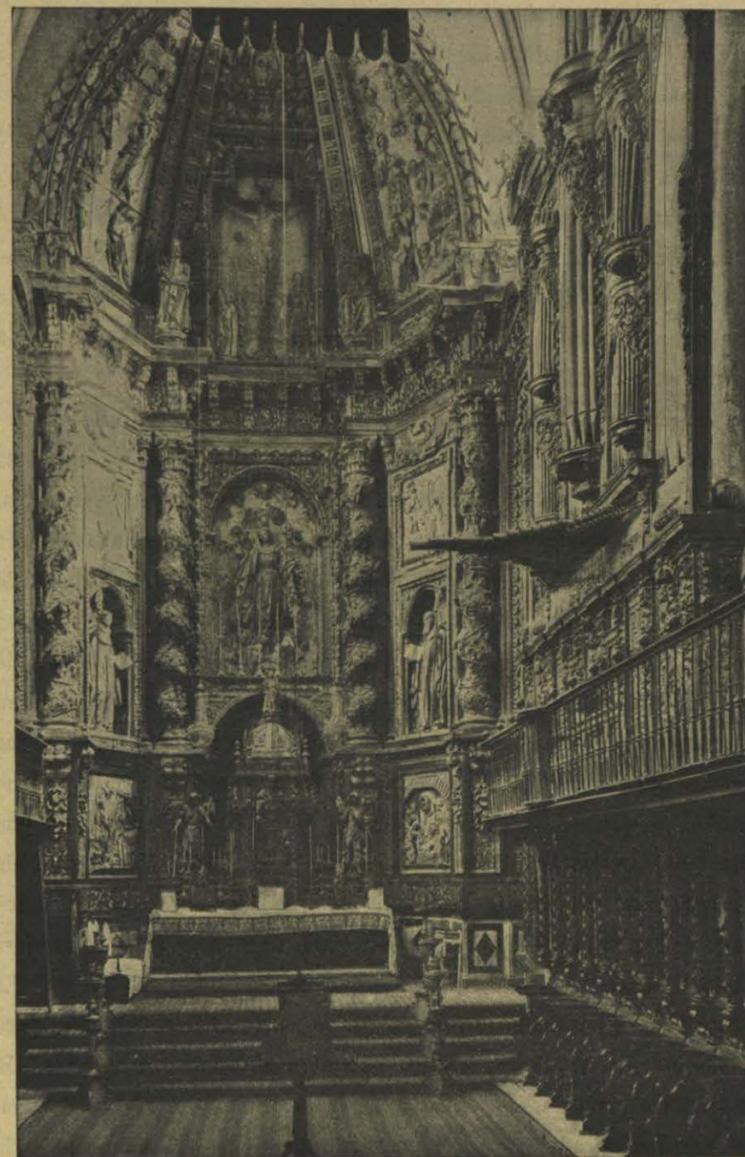
campos contra el espíritu de libertad que había dominado durante el Renacimiento. El pensamiento se había emancipado en el siglo XV, se había desprendido gradualmente de la sujeción intelectual ejercida por la Iglesia: se había hecho más humano, más interesado en los fenómenos de la vida, en la observación de la Naturaleza, en la investigación experimental de la felicidad terrestre, que en las especu-

<sup>1</sup> Johann Janssen, *Geschichte des deutschen Volkes, seit dem Ausgang des Mittelalters*.

laciones metafísicas y en la preparación mística de la salvación. El Renacimiento había desplazado el eje del pensamiento, retrayéndole de los misterios de la vida futura á los problemas de la vida presente, y de la historia estrecha del cristianismo á la del conjunto del mundo; pero la rebeldía de Lutero volvió violentamente la sociedad contemporánea á la fe del Cristo, y como resultado, los mismos católicos se convirtieron de nuevo; de una parte y de otra se encarnizaron contra el más temible de los enemigos de la fe, la Razón, esa «prostituta del diablo», como la llamaba Lutero, y se preparó por la sumisión de las inteligencias ese estado religioso y social que había de producir la espantosa guerra de Treinta años. La Reforma tuvo también por resultado ayudar á la domesticación material de los individuos. Remontándose hasta la Biblia, se remontaba también hasta el código de Justiniano, desechando las antiguas costumbres locales. Como el Imperio Romano no conoció más que la gran propiedad aristocrática y la esclavitud, los juristas no vieron en el modo de arrendamiento usual más que un simple contrato temporal, y no comprendieron que se pudiera arreglar la posición de los colonos respecto de sus señores de otro modo que considerándolos como esclavos.

Sin embargo, no hay revolución funesta ó útil en su conjunto que no se presente sin una mezcla de elementos buenos y malos. La Reforma tuvo influencias felices, aunque considerada en general, sea principalmente un fenómeno de reacción contra el pensamiento. En primer lugar, fué una rebeldía, y como tal fué forzosamente acompañada de nobles reivindicaciones y de altos ejemplos; además, la Reforma afirmó por sí misma y de una manera triunfante la libertad de examen: acerca de este punto tuvo una gran participación en la historia de los progresos humanos. Sin embargo, la Reforma se ingeniaba á la vez en dar y en retener. Proclamaba, es verdad, la libertad de examen, pero los audaces que se permitieron esa gran libertad de examinar las razones de la fe sin otra guía que su propia inteligencia, lo hicieron á sus riesgos y peligros, y esos riesgos se extendían desde la prisión hasta la muerte en el cadalso ó en la hoguera: los protestantes sabían manejar también el hacha y encender el fuego purificador. Verdad es que los frailes, los curas, los teólogos, hasta los simples letrados que tenían la Biblia en sus manos,

sobre todo el texto original, hebreo, caldeo, griego ó la edición latina, muy incorrecta, de la Vulgata, se atribuían atrevidamente el



BURGOS — CORO DE LA CATEDRAL

Cl. J. Kuhn, edit.

derecho de obedecer directamente á la palabra divina «escudriñando las Escrituras»; pero era necesario que esa operación de «escruti-

nio» les llevase á las mismas conclusiones que á sus antepasados en la investigación de la verdad, de lo contrario serían culpables de blasfemia, de pecado contra el Espíritu Santo, de abominación criminal punible en el infierno.

La Reforma pedía, exigía, el derecho de examen, pero exigía que el resultado fuese conforme á sus conclusiones; aportaba un poco más de razón, cuya razón quería imponer á todos, porque se decía y se creía ser la Razón definitiva, la Razón eterna<sup>1</sup>. La Reforma no proclamó la libertad de opinión: fué solamente un período inicial en la historia de las luchas que libraron los rebeldes del pensamiento. Planteó la cuestión que, por otra parte, dista mucho de estar resuelta, porque todas las libertades son solidarias: ninguna libertad es garantida cuando no lo son todas á la vez.

Se pueden comparar también los protestantes y los jesuitas, representantes de las dos tendencias opuestas de la sociedad religiosa en el siglo XVI, por su actitud respecto del arte y de los artistas. La vuelta del protestantismo hacia la Biblia en su conjunto hubiera debido tener por consecuencia lógica la condenación absoluta de la pintura, la escultura y toda representación gráfica de esa forma humana que es al mismo tiempo la forma divina, la «imagen de Dios». Respecto de este punto, el cristianismo renovado hubiera debido ser tan intransigente como el Islam. Lo fué al menos en sus iglesias, que se edificaron desnudas y frías, sencillas paredes blanqueadas, ó que no se quiso recibir en herencia del catolicismo pagano sin haberlas limpiado cuidadosamente de todos los objetos de arte, cuadros, estatuas y bajo-relieves que recordaran las genuflexiones y las adoraciones anteriores, para que nada bello distrajera el pensamiento de la palabra rígida que descendía de la cátedra. La Reforma fué un movimiento de reacción contra el Renacimiento, pero un movimiento abortado, puesto que sólo se atrevió á medias. Si los terribles protestantes, como todavía existen algunos, vivían siempre bajo las miradas de su Dios, rechazando de su existencia todo lo que no les parecía la expresión directa de su voluntad, la gran masa de los religionarios debió arreglarse con el mundo exterior,

<sup>1</sup> Elie Reclus, *Notas manuscritas*.

aceptar los hechos consumados bajo el impulso irresistible de las conquistas humanas hechas fuera de la religión. La sociedad protestante estaba vencida de antemano como todo el cristianismo, puesto que se acomodaba con el arte y con la ciencia en la vida civil, y había de autorizar el estudio de la forma humana, hasta la disección de los órganos interiores. Si los templos llegaron á ser simples locales repugnantes á la vista porque estaban dispuestos sin gusto ni comodidad, había á lo menos artistas libres que vivían fuera de la comunidad y buscaban con toda independencia la belleza, asociándole á veces el estudio profundo de los caracteres.

En cuanto á los jesuitas, siempre amables y complacientes para facilitar la entrada en la Iglesia y como consecuencia en la Gloria, se guardaron bien de combatir el arte y hasta quisieron cultivarle. Claro es que con su sistema de educación, necesariamente habían de afean y pervertir todo lo que tocaban: el arte llamado «jesuíta» revela el alma de los que hicieron edificar esas iglesias de anchas naves, cómodas, con buenos confesonarios, bien abrigadas, claras, pero sin que se sepa de dónde viene la luz, llenas de ecos sordos y discretos, que se confunden con un murmullo continuo, elegantemente decoradas de volutas, de mascarones y de relieves, que ocultan sus estatuas envolviéndolas entre telas adornadas de coronas, estrellas y nubes, que hacen brillar de lejos sus ricos altares dorados, festoneados, rodeados de guirnaldas y dominados por un frontón fastuoso sostenido por columnas retorcidas. Sobre todo los pilares, que reemplazan las fustas rectas y soberbias que en todo tiempo sostuvieron francamente el peso de los edificios, simbolizan el movimiento ondulante y flexible de esos directores de conciencia que conducen al cielo por la misma vía ancha y suave que, según las antiguas creencias, conducía al infierno.

Así como los jesuitas resultaban hasta cierto punto superiores á los protestantes por una comprensión mucho más amplia del corazón humano, puesto que, no queriendo descuidar ninguna de las fuerzas por las cuales se puede influir sobre los hombres, habían concedido un lugar al arte, así también habían sobrepujado á sus enemigos y rivales por su ardor en la propaganda. Habían comprendido que para conservar las ventajas del ataque, era preciso emprender

de nuevo la obra de las misiones abandonadas desde las cruzadas y cerrar el mundo á los protestantes por la conversión de los pueblos paganos. En 1541, es decir, solamente un año después de la constitución de la Sociedad de Jesús, uno de los compañeros inmediatos de Loyola, nacido como él en un valle pirenaico, Francisco de Javier ó Xavier, iba á evangelizar las naciones de las grandes Indias, á la vez como enviado espiritual del papa y como delegado civil de los reyes de Portugal. Visitó, en efecto, la India peninsular, y en 1549 el Japón. Su obra de conversión fué ciertamente considerable, y se cuentan maravillas de los pueblos que acudían á su voz para hacerse bautizar en nombre de Yaso, es decir, de Jesús, que se creía ser una nueva encarnación de Budha. Pero entre todos los milagros que se atribuyen á San Francisco Xavier, es difícil discernir la verdadera existencia del apóstol: sus amigos que quedaron en Europa hicieron de él casi un dios. Cuando murió en Goa, su tumba fué un lugar de peregrinación; su cuerpo hasta recibió el título de gobernador de las Indias, de virrey, de capitán general, y los verdaderos dignatarios se vieron obligados á hacerse conferir por él su delegación al poder. A la mitad del siglo XVIII, cuando los Portugueses no tenían ya más que una sombra de poder que defender en la península gangética, San Francisco Xavier fué oficialmente encargado en el cielo de «proteger las Indias».

El glorioso apostolado de Xavier, por notable que fuese en realidad, sin la aureola de milagros sobrepuesta por los devotos, no fué, sin embargo, la más admirable de todas las misiones enviadas por la Compañía de Jesús al mundo de los infieles. Durante su período de grandeza, la orden de los jesuitas dió pruebas verdaderamente prodigiosas de la cohesión sin igual de su organismo, cuyos miembros, fraternalmente unidos, trabajaban de concierto en obras tan diversas y de apariencias contradictorias; mientras que por una parte el pensamiento director de la orden empleaba las inteligencias más flexibles, los casuistas más sueltos en la trama, dirección y resultado de las intrigas cortesanas, sabía utilizar, en los países más lejanos, los fervores más incansables en catequizar tribus salvajes y agruparlas en naciones para terminar por una parte y por otra al mismo fin, la gloria de la Iglesia. Esta parte de la empresa de los jesuitas, la

propaganda, que unos protestantes, entre otros los hermanos moravos, imitaron después con un celo ardiente, aunque sin llegar, no obstante, á un resultado comparable al de sus antecésos, adquirió gran importancia, especialmente en China y en la América meridional, y contribuyó por diversos medios á desarrollar el estudio y el conocimiento de los países y de los pueblos de la tierra. Como Cortés, Pizarro, Gama y Albuquerque, los dos misioneros Verbiest, Anchieta y sus colegas luchaban y padecían por la conquista del poder.

